



las carabelas saltáran en tierra, vestidos de gran gala, para acompañarlo con su estado mayor, cuyos espléndidos trajes habrían llamado la atención en una gran ciudad. Nunca olvidaba Colon nada de lo que pudiera producir buen efecto.

Habia preparado también regalos; y con su brillante cortejo llegó á la morada del rey, que se había prevenido para recibirlo.

Cuando se presentó el almirante, Guacanagari, sin abandonar su hamaca de algodón, hizo desde ella las más cariñosas demostraciones. Al expresar el sentimiento que le cabía por la muerte de los cristianos, comenzó á llorar, refirió su fin deplorable, y no se olvidó de mencionar los esfuerzos tentados para socorrerlos; y como mostrase en muchos de sus súbditos cicatrices recientes, y por las vendas que fajaban su pierna lastimada, y el doctor Chanca hubiera traído un cirujano, Colon dijo al rey que ambos eran muy diestros en curar las heridas y lo invitó á mostrar las suyas, lo cual hizo de la mejor voluntad.

Observó el noctor Chanca que no había bastante claridad en la vivienda, y que fuera mejor el aire libre para examinarlas, y entonces, apoyado en el brazo del almirante, salió el cacique, á quien apenas se hubo sentado, el cirujano alzó el vendaje. Guacanagari dijo á Colon que la herida provenía de una pedrada, y parecía dolerle al tocarla; pero sin embargo, como no se advertía ni cardenal, ni contusión alguna, opinaron generalmente los españoles que el cacique representaba una comedia.

El P. Boil, deduciendo de aquí que Guacanagari había sido cómplice de la matanza de los españoles, fué de parecer que se le redujese á prisión en el acto, y se hiciera un castigo ejemplar. Pero acordándose Colon de las numerosas pruebas de afecto recibidas de él, al ver su habitación incendiada, las cicatrices recientes de sus vasallos y la conformidad de todas las declaraciones de los indios, que se habían interrogado, rehusaba creerlo culpable. El Padre Bois, que, como diplomático, creía juzgar de los hombres con profundidad, se resintió de la confianza de Colon, á pesar de tan graves apariencias; pero éste le dijo que al menos sería

prudente disimular, hasta que se tuviese una prueba de su crimen; que aún en este caso no debían precipitarse, por temor de tener que háberse las con una multitud de enemigos al desembarcar, y que más valía retardar el castigo del delito y hacerlo más terrible.

Guacanagari regaló á Colon ocho marcos y medio de oro, piedras de distintos colores, una corona de oro, tres calabazas llenas de polvo del mismo metal, y un adorno de cabeza guarnecido de pedrería. El almirante le dió algunas bujías, espejos de Venecia, y alfileres, y campanillas, cosa que el cacique estimaba de un valor inapreciable, porque los indios preferían el cobre al oro.

Al despedirse Colon, el cacique, no obstante su herida, lo acompañó á bordo. El aspecto de tantos buques le llenó de sorpresa, pues no había visto aún más que dos carabelas medianas en el primer viaje de Colon, y ahora estaba en un gran navío, que parecía mandar al resto de la escuadra. Las vacas, los asnos, los carneros, los cerdos y las cabras, cuyas formas le eran desconocidas, le dejaron asombrado, y sobre todo los caballos andaluces.

Vió á varios caribes prisioneros, á los que el peso de las cadenas no había podido domar, y no pudo sostener la mirada feroz de aquellos sus indomables enemigos.

Más agradablemente llamó su atención en otra parte del buque una jóven, que estaba entre las diez indias que se habían quitado á los caribes, é instalado en la *Marigalante*, que por cierto se hacía notar por su talle elegante y maneras de gran señora; lo cual le valió ser llamada doña Catalina. Guacanagari le dirigió ciertas palabras, acompañadas de una mirada tierna y simpática (1), y sin embargo, de la diferencia de sus idiomas, se comprendieron, y se pusieron de acuerdo en presencia de todos, sin que ninguno sospechára lo más mínimo.

Colon ofreció al cacique un refresco, y le

(1) «*Conversus in unam quam Catharinam nostri vocabant, oculos semi fractos conjicere visus. eam blande allocutus est.*»—Petri Martyris Anglerii *Oceanicae decadis primæ, liber secundus.*



dió las mismas muestras de confianza y de amistad que siempre, y le dijo que deseaba vivir cerca de él, y construir casas allí. Guacanagari le respondió que recibiría en ello gran contento; pero que aquel paraje era mal sano, á causa de la humedad, y así era en efecto.

El almirante, hablándole de Dios y de Jesucristo, procuraba traerlo á su religion, y quiso ponerle al cuello una medalla de la Virgen, para que la llevase mientras se disponía á ser bautizado; mas cuando el cacique supo, que este era un signo de la devoción de los cristianos, lo rechazó, y fué menester de las persuasivas instancias de Colon para decidirlo á conservar la imagen de un culto, contra el cual le habían prevenido las burlas (1) y los latrocinios de los españoles que quedaron en sus estados. A pesar de su deseo de responder á los testimonios de Colon, parecía Guacanagari estar contrariado, y este embarazo era de mal augurio para la tripulación. El P. Boil encontró en ello la confirmación de sus sospechas, y como su práctica en los asuntos políticos le daba cierta autoridad, aconsejó de nuevo su prisión, ya que se le tenía á bordo; pero el almirante no vino en ello, porque su corazón le aseguraba de la inocencia de su huésped.

Guacanagari, sin comprender exactamente aquello de que se trataba, vió en la frialdad y seriedad de los españoles que no estaban con él como en el primer viaje de Colon, y que sólo éste permanecía siempre bueno y paternal, y no hallándose á su gusto, manifestó deseos de volver á su cabaña en la misma tarde.

Al día siguiente se presentó gran número de indígenas en la orilla: un mensajero del cacique vino á preguntar, cuándo se daría á la vela el almirante, y le dijeron que á la mañana siguiente. Poco más tarde, el hermano de Guacanagari, con pretexto de cambiar oro, llegó á la *Marigalante*, y evitando la presencia del intérprete Diego Colon, habló con las indias, particularmente con la hermosa Catalina, á la cual trajo un mensaje del rey. Durante la noche, al fin del primer cuarto, Catalina dió la señal á

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, capítulo XLIX.

sus compañeras, y se deslizaron todas en silencio por los costados del navío al agua, sin que las intimidára la violencia de la marejada y las tres millas largas que las separaban de la orilla. Una antorcha encendida en la playa las guió como un faro al puerto de esperanza, en que las aguardaba el amor. La agitación de las olas, cubriendo el ruido de su caída, hizo que los marineros no se apercibiesen en seguida de su evasión, y así, mientras pusieron en el mar las chalupas, habían tomado la delantera de tal modo, que la rapidez de las embarcaciones no pudo impedirles llegasen á tierra. A costa de mil trabajos pudieron cogerse cuatro, y eso en el momento en que ganaban la ribera» (1); pero la atrevida doña Catalina consiguió entrarse por los bosques.

Al amanecer envió el almirante á un oficial para que pidiese á Guacanagari la devolución de las fugitivas; pero no encontró al cacique, ni á los vasallos: la residencia estaba desierta y silenciosa; sus habitantes habían huido, llevando consigo todo cuanto poseían, provisiones, muebles y utensilios. Esta deserción acabó de confirmar la sospecha sobre la complicidad de Guacanagari (2). Colon solo se abstuvo de condenarlo.

El presidente de la comisión topográfica anunció que había descubierto un puerto bueno y seguro. Mientras se dirigían á él, el tiempo cambió y se hizo contrario de tal modo, que para avanzar treinta leguas, tuvieron que pasar más trabajos que para venir de España. Mas esta contrariedad tuvo sus ventajas, en razón á que se vieron obligados á detenerse en una costa muy rica en peces, con un puerto excelente, cerca de dos rios, cuyas aguas puras y cristalinas regaban un suelo de asombrosa fecundidad. A un tiro de ballesta abundaban canteras con piedras propias para construcción. A la espalda de la llanura se extendía un bosque, y en un grupo de peñascos, que dominaba la bahía, se alzaba un castillo natural,

(1) *Carta del doctor Chanca á los señores de la municipalidad de Sevilla.*

(2) «*Fuisse nostros ejus consensu interemptos suspicionem audaxit.*» Petri Martyris Anglerii *Oceanicae Decadis primæ, lib. II.*



que con poco trabajo podía hacerse inexpugnable: decidieron, por lo tanto, no pasar más adelante. Dice el doctor Chanca, que «aquel sitio era el mejor situado del mundo;» y pensaba que la Providencia condujo allí á la escuadra, cuando buscaba un refugio contra el mal tiempo.

En los primeros días de Diciembre desembarcaron hombres y animales, igualmente cansados de una navegacion de cerca de tres meses, durante la cual estuvieron sometidos á una racion exígua, que así lo exigía la prudencia, para estar prevenidos á las eventualidades que podían retardar el desembarco. Con indecible placer tomaron posesion la mayor parte de los españoles de los prados, de las sombrías y perfumadas florestas y de los frutos desconocidos de aquellos árboles, entre cuyas ramas siempre verdes fabricaban los pájaros sus nidos, como en Europa durante la primavera. Las provisiones de boca y guerra y los bagajes se pusieron en casas de madera, que se levantaron en seguida.

Inmediatamente Colon, despues de hecho el trazado, y determinadas las proporciones convenientes, colocó, invocando la santísima Trinidad, la primera piedra de la nueva ciudad, á que dió el nombre querido de Isabel.

Como en su pensamiento el servicio de Dios era ántes que ningun otro, el primer edificio en que se puso mano fué la iglesia, y de tal modo se activó la construccion, que el 6 de Enero, aniversario de la entrada de los reyes en Granada, se celebró una misa cantada por el vi-

cario apostólico, acompañado del P. Marchena y de los doce frailes que traía consigo el padre Boil.

Sólo se construyeron tres edificios públicos de piedra, pues las casas de los particulares fueron de madera, cal y tierra, y la mayor parte sólo barracas de tabla. Todos se aprestaban á fabricarse casas propias, de modo que en pocas semanas la Isabela tomó el aspecto de una pequeña poblacion. Al mismo tiempo sembraban al rededor de las viviendas legumbres y cereales, que brotaban con la mayor rapidez. Los indios, á quienes la afabilidad del almirante tranquilizaba, ayudaban con gusto á los españoles en sus trabajos, dándose por muy bien pagados con cualquiera bagatela de Europa.

Con el objeto de apresurar la conclusion de la Isabela, Colon se multiplicaba y acudia á todas partes. Esta fatiga continua apuró sus fuerzas, y cayó malo. No por eso su espíritu perdió nada de su actividad, pues mientras cuidaba de la fundacion de la colonia, iba estudiando los medios de hacerla prosperar. Interrogaba con frecuencia á los naturales acerca del interior de la isla; envió una carabela para darle la vuelta, y levantar el plano de la costa, y se cercioró de que la Isabela era el desemboque natural de las minas de oro de Cibao, distante tres jornadas de marcha. Pero la alegría de tan fausta nueva la disminuyó la invasion de una enfermedad casi epidémica, que abatió el ánimo de los más atrevidos caballeros expedicionarios.

CAPÍTULO XXI

Desengaño de los aventureros.—Fraude de los abastecedores de marina de Sevilla.—Conspiracion contra el almirante.—Expedicion á las montañas del oro.—Construccion del fuerte de Santo Tomas.—Enfermedades y penurias en la Isabela.—Se niegan al trabajo los hidalgos.—Colon vence su orgullo, y con su firmeza los salva.—Rencillas del vicario apostólico contra el almirante.

Los hidalgos españoles que se habían embarcado entusiasmados con la esperanza del oro, ignoraban cuán ruda es la vida del marino. Las raciones, que consistían en salazon y mala galleta, habían minado sus naturalezas durante los tres meses que acababan de pasar aprisionados en estrechos bajeles. Las fatigas consiguientes á la fundacion del establecimiento, el alimento compuesto ya de vegetales, con que no estaban familiarizados, ya de provisiones traídas de España, pero en gran parte pésimas, á causa de la avaricia de los abastecedores, de la inexperiencia del transporte, y sobre todo de las alternativas de calor y de humedad, uniéndose á las influencias nuevas del aire, del suelo y del agua, produjeron calenturas mortíferas.

Como el almirante se encontraba un poco enfermo en el momento del embarque en Cádiz, no pudo examinar por sí mismo la instalacion de todo el material, víveres, ganado y municiones. Parece que el veedor de la marina, Juan de Soria, no había dejado pasar por alto esta circunstancia, y cuando al desembarcar en la Isabela se inspeccionaron los abastos para almacenarlos, vió el almirante que la mayor parte de los víveres estaban averiados, ó eran en cantidad insuficiente, á causa de los beneficios ilícitos, obtenidos en la provision de tonelería en Sevilla; gran cantidad de vino se ha-

bia salido; las medicinas no estaban conformes con el pedido del médico mayor; el ganado escogido venía reemplazado por otro miserable y de mala raza, y los magníficos caballos, que había revistado el almirante en Sevilla, sustituidos por rocínantes, despues de haber cobrado el alto precio de los primeros (1). Compréndase ahora la repugnancia instintiva de Colon por Juan de Soria, y por qué fué éste el irconciliable enemigo del hombre que lo comprendió. De esta suerte en la más antigua expedicion al Naevo Mundo, se encuentran ya esas especulaciones inmorales, esas connivencias fraudulentas, que tantas veces se han echado en cara á la administracion de marina.

El fraude de las oficinas de Sevilla agravó, pues, la situacion de la colonia á sus principios, dando margen á crueles y amargos desengaños. Con todo, los marineros, los soldados y los trabajadores, ó más avezados á las fatigas, ó más prontamente restablecidos, continuaron los trabajos de tal modo, que ántes de concluir el mes de Enero quedaron terminadas muchas casas, y el almirante hizo circunvalar la ciudad con una muralla de piedra seca, al estilo árabe.

(1) Memoria del almirante D. Cristóbal Colon, remitida por Antonio de Torres á los reyes católicos, § 17, Coleccion de Navarrete, t. I.